

0635. El culto de la verdad

Muchas veces salen a relucir en nuestros mensajes las virtudes humanas como base que son de las virtudes cristianas. El mayor hombre y la mayor mujer tienen materia prima para ser también los mayores cristianos. Pero, entre todas las virtudes humanas se lleva la primacía, indiscutiblemente, la *sinceridad*.

Corre en nuestro lenguaje una expresión que es muy significativa: es ésta de tener *dos caras*, de jugar con *doble cara*... Con ello queremos decir que una persona no es sincera, que nos miente, que oculta su verdadero rostro y se pone una careta para presentarse y engañarnos.

Y así nos encontramos ante un defecto que hiere profundamente a la primera de las virtudes *humanas*, como es la *sinceridad*, convertida también en una virtud *cristiana* fundamental, puesto que Jesucristo es el gran testigo de la verdad, ya que Él vino a dar testimonio de la verdad y se gloria de ser LA VERDAD misma.

Esto nos compromete a ser siempre sinceros: como hombres, primeramente, y de manera especial como cristianos. Nuestra actitud es siempre de personas que rinden verdadero culto a la verdad. El hombre, y sobre todo el cristiano, jamás juega con doble cara.

A este propósito es simpática la anécdota del Presidente más querido en Estados Unidos, como es Lincoln. Sabido es que era feo, bastante feo... Y un resentido congresista le saltó una vez:

- *Usted no juega limpio, sino con doble cara.*

A lo que Lincoln respondió con sonrisa mordaz:

- *¿Cree usted que, si yo tuviera dos caras, me presentaría con ésta?...*

Bien, bromas aparte, nuestro pensamiento es claro: amamos la verdad, odiamos la mentira.

¿Cuántos defectos, cuántos vicios, cuántas deficiencias, cuántas limitaciones tiene una persona? Los tenemos todos a montones, y somos indulgentes y comprensivos con todos, empezando con nosotros mismos: perdonamos a los demás, y nos aceptamos a nosotros tal como somos.

Es verdad que la cobardía le deja a uno en ridículo.

La lujuria, el licor o la droga, lo humillan.

La avaricia y el egoísmo, lo aíslan.

La crueldad lo hace temible.

Cualquier vicio le deja a uno malparado... Pero todos tenemos corazón y generosidad para saber perdonar y disimular cualquier defecto.

Si embargo, hay un defecto que no se le perdona a nadie, y es el de decir mentiras.

Si somos personas con dignidad, preferiríamos que se abriese la tierra y nos tragase vivos antes de que se nos llamase *mentirosos*.

La Biblia es tremenda cuando habla de la mentira. En el Antiguo Testamento leemos sentencias muy aleccionadoras (Eclesiástico 20,24-25. Proverbios 12,22 y 19,5)

- *La mentira es una gran vergüenza para el hombre. Es preferible un ladrón que quien miente a todas horas.*

Igual que éstas otras:

- *Dios abomina a los mentirosos..., Se perderá el que profiere mentiras.*

Y Jesucristo, que perdona todo, no aguanta a los fariseos hipócritas y nada puede hacer con ellos, porque no aceptan la verdad, y les dice:

- *Vosotros sois de vuestro padre el diablo, que no se mantuvo en la verdad. Cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira (Juan 8,44)*

Como vemos, la Palabra de Dios no ahorra calificativos duros, muy duros para el mentiroso, el cual se opone al Dios que es la suma Verdad.

Quien miente se enfrenta a Dios, porque asegura todo lo contrario que Dios ha visto.

Quien miente, ofende al otro, porque le engaña lastimosamente y hace imposible la convivencia entre los seres humanos.

Quien miente, se degrada a sí mismo, porque niega lo que su pensamiento y su conciencia le están dictando.

Por el contrario, si volvemos la medalla al revés, vemos cómo la sinceridad se gana el respeto y la confianza de todos. Empezando por la confianza de Dios...

Como Dios es testigo de todo, no se puede pelear con Dios si se le dice la verdad. Supongamos que Dios acusa a uno en la conciencia: - *Tú has hecho esto: eres un pecador.*

Y el otro responde:

- *Sí, Señor; yo lo he hecho. Perdóname, que soy un pecador.*

Entonces, Dios y el hombre están de acuerdo, les resulta imposible discutir, y la salvación queda asegurada...

No hay nadie que no se fíe de la persona que es sincera.

Un alma sin doblez no tiene más que una cara, y con ésta se presenta.

Por eso, esta persona no miente nunca, porque nunca ha de ocultar la verdad. La sinceridad de sus labios es el pasaporte que le abre la frontera de todos los corazones...